

que este oro no era fantástico ; pero muy lejos de detenerse á contemplarlo, apresuró más el paso.

La morada que Dios le habia preparado en la montaña era una fortaleza arruinada, al lado oriental del Nilo. Esta vieja fortaleza estaba llena de reptiles, que huyeron para cederle el sitio. Allí se encerró él como en un templo, que consagró con una continua oracion. Siendo su intento vivir en un perfecto retiro, no permitió allí la entrada á nadie. Recibia solamente de seis en seis meses algunos panes que le echaban por encima del tejado. Los demonios no le dejaron allí en reposo ; sus amigos, que venían á hablarle por la parte de afuera, oían por dentro como un tropel de gente que hacia gran ruido y que le decia con furor : « ¿ Cómo has venido á alojarte en un sitio que no te pertenece ? ¿ Qué tienes que hacer en este desierto ? Retirate de aqui... ¿ piensas acaso poder resistirnos ? » Al principio creían que eran hombres que habian subido con escalas y que querian arrojarle de aquel lugar ; pero, habiendo mirado por una pequeña abertura, y no viendo á nadie, comprendieron que eran los espíritus malignos, de lo que quedaron tan espantados que llamaron á Antonio. El Santo les respondió desde dentro para darles ánimo ; exhortóles á pertrecharse con la señal de la cruz y les dijo que se retiraran sin ningun temor.

No se podía creer que sostuviese por largo tiempo tan rudos combates ; y todas las veces que sus amigos venian á verle, dudaban si le encontrarían todavia con vida. Pero tenian el consuelo de oírle cantar las alabanzas de Dios, sobre todo aquellas palabras del real profeta. *Levántese Dios y sean disipados sus enemigos. Los que le aborrecen, huyan de su presencia. Los pecadores sean exterminados delante de él, como se derrite la cera delante del fuego. Ellos me han rodeado por todas partes ; pero implorando el auxilio de Dios, he triunfado de mis enemigos.*

Así pasó cerca de veinte años, alabando á Dios sin cesar y luchando siempre contra los poderes del infierno, hasta que se vió obligado á acceder á las súplicas de un gran número de personas que iban ó á ponerse bajo su conducta ó á implorar su socorro para otros asuntos particulares. La primera vez que se mostró al público, todo el mundo se quedó admirado al verle en el mismo estado de salud que tenia antes de hacerse solitario. Ni estaba grueso por falta de ejercicio, ni extenuado por sus largos ayunos y sus frecuentes combates contra los demonios. Tenia la conversacion facil y el natural dulce y agradable ; la serenidad de su rostro expresaba la de su alma ; no daba señales de inquietud por verse rodeado de gente, ni de vanagloria por las muestras de estima y respeto que se le daban. Veíasele siempre igual, y en todas las cosas mostraba un juicio iluminado por el espíritu de Dios.

#### Capítulo II.

Henos aqui llegados á la época que podemos llamar de la mision de San Antonio, quien despobló las ciudades de habitantes y pobló los desiertos de colonias de santos. Multiplicáronse estos en gran número bajo su direccion. Sus milagros, las virtudes de las que daba heróicos ejemplos, sus exhortaciones vivas y ejecutivas hicieron tan fuertes impresiones que, como dice San Juan Crisóstomo (Hom. 8, in Math.), los desiertos de Egipto empezaron entonces á recibir el efecto de la bendicion que Jesucristo habia dado sobre este pais, cuando á él habia ido en su infancia, y á convertirse en un paraíso poblado de infinidad de ángeles, porque este nombre podia muy bien darse á los solitarios que lo habitaban.

El Santo, por su parte, no perdonó medio para hacerles adelantar en la perfeccion. Animábales con sus instruccio-

nes; velaba sobre ellos con una aplicacion continua; visitábales en particular, aun á aquellos que estaban más apartados, sin que su zelo desfalleciese por la longitud ó los peligros de los caminos. Portábase para con todos como su padre y sostenia este título con toda la ternura de su caridad.

Habiéndose cierto dia reunido en torno suyo todos los solitarios, y rogándole que les hiciese alguna exhortacion, les dijo en lengua egipcia: « Aun cuando la sagrada Escritura sea suficiente para nuestra instruccion, es causa laudable el excitarnos unos á otros en lo que pertenece á la fe y ejercitarnos en santos y saludables discursos. Asi que, puesto que vosotros sois hijos míos, me contaréis á mi, como á vuestro padre, los conocimientos que hayais adquirido sobre la piedad; y yo, como que soy de mayor edad que vosotros, os diré lo que he aprendido y lo que sé por experiencia.

« La primera cosa que debemos observar es el no tener todos juntos sino un mismo intento; el no relajarnos jamás en la santa resolucion que hemos emprendido y no descorazonarnos por los trabajos, diciendo que hace mucho tiempo que practicamos una vida tan austera, sino que al contrario hay que acrecentar cada dia nuestro fervor, como si no hiciéramos más que empezar; porque, si comparamos nuestra vida con los siglos venideros, es ella tan corta que debe ser considerada como nada en proporcion de la eternidad. En el comercio que se ejerce en esta vida hay igualdad, puesto que el vendedor no recibe del comprador sino el valor de la cosa que le vende; pero no sucede asi con la vida eterna, pues ella se adquiere por un tan corto precio. Está escrito: *La vida ordinaria de los hombres es de setenta años; la de los más robustos, de ochenta; y cuando se traspasa este termino, lo restante solo es dolor y miseria.* Aun cuando, pues,

« empleáramos ochenta años en el servicio de Dios en la soledad, el tiempo que reinaremos con él en el cielo no será limitado á una tan pequeña duracion, sino que, en lugar de este número de años, gozaremos de su gloria y de sus coronas durante toda una eternidad. Habiendo peleado sobre la tierra, no heredaremos la tierra, sino el cielo; y despues de haber abandonado este mortal cuerpo, volveremos á tomarlo revestido de inmortalidad. Por esto, hijos míos, no nos desanimemos; no tengamos impaciencia y no nos imaginemos que hacemos mucho por Dios, porque *los sufrimientos de esta vida no guardan proporcion con la gloria de que gozaremos en la otra.*

« ¡ Que ninguno de vosotros se persuada haber dejado mucho por haber dejado todo cuanto tenia; porque si toda la tierra, comparada con la vasta extension de los cielos, no puede considerarse sino como un punto, aun cuando la poseyéramos toda; ¿ qué hubiéramos hecho, al dejarla, para merecer adquirir el reino de los cielos? Y así como se desprecia un dinero para ganar cien escudos, así tambien el que fuese dueño de la tierra y la renunciara para ganar el cielo, perderia muy poco y ganaria el ciendoblado. Pero si toda la tierra junta no es digna de ser comparada con el cielo, el que solamente deja algunas heredades, puede decirse que no ha dejado nada; y aun cuando hubiese dejado una hermosa casa y grandes riquezas, ni debe gloriarse de ello ni tener pena, sino considerar que aun cuando no hubiese abandonado todas estas cosas para hacer una obra de virtud, se vería obligado á abandonarlas por la muerte y quizás á dejarlas, como frecuentemente sucede, á quienes él no quisiera, como se dice en el Eclesiástico (Eccles. 2). Lo cual hace que no haya nada que no debamos abandonar voluntariamente y por el deseo de agradar á Dios, á fin de adquirir el reino de los cielos. No tengamos, pues, empeño

« por adquirir cosa alguna ; porque ¿ qué ventaja hay en  
« poseer cosas que no podemos llevarnos con nosotros ?  
« Más vale que nos esforcemos en adquirir lo que nos  
« puede acompañar al sepulcro, como es la prudencia, la  
« justicia, la templanza, la fortaleza, la inteligencia de las  
« cosas santas, la caridad, el amor de los pobres, la fe en Je-  
« sucristo, la mansedumbre del espíritu y la hospitalidad.  
« Si poseemos estas cualidades, ellas nos harán obtener el  
« ser recibidos en la mansion feliz de los que son mansos  
« y humildes de corazón. Pero hay que poner sumo cui-  
« dado en que no nos conduzcan á la negligencia ; lo cual  
« evitaremos considerando que somos servidores de Dios y  
« estamos obligados á rendirle una entera obediencia ; por-  
« que á la manera que un siervo no osaría decir : yo no  
« trabajaré hoy porque trabajé ayer, y no alega sus servi-  
« cios pasados para eximirse de continuarlos, sino que,  
« como dice el Evangelio (Math. 24), manifiesta todos los  
« dias la misma prontitud en servir á fin de dar gusto á su  
« amoy evitar su cólera y sus castigos, así tambien noso-  
« tros debemos trabajar continuamente en el modo santo  
« de vivir que hemos abrazado, sabiendo que si un solo dia  
« nos relajamos en él, nuestro amo no nos lo perdonaria  
« por la consideracion de nuestras precedentes acciones  
« sino que se enfadaria contra nosotros, á causa de nues-  
« tra negligencia, segun nos lo enseña Ezequiel (Ezech.  
« 33), como se vió á Judas perder por la infidelidad de una  
« sola noche todo el fruto de sus pasados trabajos. Por esto,  
« hijos míos, permanezcamos firmes en la observancia de  
« nuestras reglas y no desmayemos, porque, como está es-  
« crito, Dios trabaja con nosotros y coopera con el que  
« está resuelto á obrar bien.

« Y para no dejarse llevar de la negligencia, conviene  
« meditar aquellas hermosas palabras del Apóstol : *Yo*  
« *muero todos los dias* (1. Cor. 13). Porque si vivimos como

« si cada día tuviéramos que morir, nunca pecaremos.  
« Para practicar esto, hemos de pensar, al despertarnos  
« por la mañana, que no viviremos hasta la noche ; y al  
« irnos á acostar, que no veremos el diaiguiente, puesto  
« que nuestra vida es incierta y la providencia de Dios  
« cuenta todos nuestros dias. Teniendo estos pensamientos  
« y viviendo siempre de este modo, no pecaremos, nada  
« desearemos, no nos enfadaremos contra nadie y no  
« acaudalaremos tesoros en la tierra ; sino que, aguardando  
« la muerte á todas horas, nada querremos poseer, á to-  
« dos perdonaremos, no seremos apasionados por tantos  
« gustos criminales y despreciaremos todos esos placeres  
« frágiles y pasajeros, representándonos con temor el dia  
« del último juicio ; porque el peligro y la aprehension de  
« caer en los tormentos y dolores, apagan el deseo de los  
« más grandes placeres sensuales y detienen al alma para  
« que no caiga en pecado.

« Habiendo, pues, empezado á andar por el camino de  
« la virtud, continuemos con valor, á fin de llegar al tér-  
« mino que nos hemos propuesto (Philip. 3, Gen. 19). Que  
« ninguno de vosotros imite á la muger de Lot mirando  
« detrás de sí, atendiendo principalmente á que Nuestro Se-  
« ñor ha dicho : *Los que, despues de haber puesto la*  
« *mano en el arado, miran atrás, no son aptos para el reino*  
« *de Dios* (Luc. 9). Ahora bien, mirar detrás de sí no es  
« otra cosa que arrepentirse de lo que se ha emprendido y  
« entregarse nuevamente á las aficiones del siglo.

« Que el nombre de la virtud no nos espante ni sorprenda,  
« como si fuera una cosa muy extraordinaria. No está ella  
« lejos de nosotros ni fuera de nosotros ; sino que está en  
« nosotros mismos y nos es facil abrazarla, con tal que que-  
« ramos. Los Griegos atraviesan los mares y van hasta los  
« paises remotos con el fin de aprender las ciencias ; pero  
« nosotros no tenemos necesidad de hacer grandes viages

« para adquirir el reino de los cielos, ni tenemos que atra-  
« vesar los mares para instruirnos en la virtud, puesto que  
« dijo Nuestro Señor: *El reino de Dios está en vosotros*  
« *mismos* (Luc. 11). De modo que la virtud no tiene nece-  
« sidad sino de nuestra voluntad, puesto que está en no-  
« sotros y trae su origen de nosotros mismos. Porque  
« esta parte de nuestra alma, que por su naturaleza  
« es inteligente, es virtud, y conserva su naturaleza  
« cuando permanece tal cual ha sido creada. Pues,  
« ella ha sido creada toda hermosa y justa, lo cual ha  
« hecho decir á Jesús hijo de Navé, hablando al pueblo  
« de Israél: *Enderezad vuestro corazón en presencia de*  
« *vuestro Dios* (Jos. 14); y á San Juan: *Enderezad los ca-*  
« *minos del Señor* (Math. 3). Ahora bien, tener enderezada  
« el alma, no es otra cosa que conservarla en la misma pu-  
« reza en que ha sido creada; porque si se declina y se des-  
« via de su naturaleza, entonces se dice que el alma está  
« corrompida y viciada. Así que lo que yo os propongo no  
« es difícil, porque si permanecemos en el mismo estado  
« en el que hemos sido creados, seremos virtuosos, y si, al  
« contrario, nos dejamos dominar por malos pensamien-  
« tas é intentos, seremos condenados como malos. Si fuese  
« necesario salir fuera de nosotros para conseguir la virtud,  
« es cierto que habria en ello dificultad; pero puesto que  
« está en nosotros mismos, pongamos cuidado en no de-  
« jarnos arrastrar á malos pensamientos y en conservar  
« nuestra alma pura, como un depósito que hemos recibido  
« de su mano, á fin de que, permaneciendo en el estado  
« que le plugo formarla, reconozca, en nosotros la obra  
« suya.

« Debemos trabajar tambien con gran cuidado en comba-  
« tir nuestras inclinaciones, para impedir que nos tiranizen  
« y nos sujeten á nuestras desarregladas pasiones; porque  
« está escrito: *La cólera del hombre no obra la justicia de*

« *Dios. La concupiscencia concibe y engendra el pecado; y*  
« *el pecado, una vez cometido, engendra la muerte.* (Prov.  
« 4.-Jac. 1. 15.) Viviendo de este modo, conservaremos  
« segura nuestra pureza y, siguiendo el lenguaje de la Es-  
« critura, velaremos sobre nuestro corazón para impedir  
« que se deje sorprender; porque tenemos enemigos muy  
« poderosos, muy malos y muy artificiosos, que son los de-  
« monios y, como dice el Apostol: *No solo hay que combatir*  
« *contra la carne y sangre, sino tambien contra esos prínci-*  
« *pes del siglo, contra esos poderes espirituales que reinan*  
« *en las tinieblas y contra esos espíritus de malicia que do-*  
« *minan en el aire.* No están muy lejos de nosotros puesto  
« que el aire que nos rodea está lleno de ellos y son muy  
« diferentes los unos de los otros; sobre lo cual, lo mismo  
« que sobre lo que atañe á su naturaleza, habria muchas  
« cosas que decir, en lo que me remito á otros más hábiles  
« que yo. Ahora me contentaré con daros á conocer lo que  
« es necesario que sepais, para no ignorar las astucias de  
« que se sirven para engañarnos y perdernos.

« Primeramente, pues, debemos saber que no es conse-  
« cuencia el que, porque los demonios sean llamados así,  
« hayan sido creados con este nombre, pues Dios nada  
« malo ha hecho; sino que habiendo sido creados buenos,  
« perdieron por su culpa aquellas celestiales perfecciones  
« que les hacian felices y, súmiéndose en el fango de toda  
« clase de impurezas, engañaron á los paganos con falsas  
« apariencias. Y como nada hay que aborrezcan tanto como  
« los cristianos, no hay artificio de que no se valgan para  
« procurar impedirnos subir al cielo y llenar las sillas de  
« las que ellos fueron arrojados á causa de su orgullo y de  
« su rebeldia. Por esto tenemos necesidad de muchas ora-  
« ciones y santos ejercicios en la vida de que hacemos profe-  
« sion, á fin de que, recibiendo del Espiritu Santo el don  
« de saber discernir á esos espíritus de tinieblas (1. Cor.

« 12), podamos conocer cuál es su naturaleza, cuáles de  
« ellos son los menos malos, cuáles los peores, á qué  
« suerte de malicia les conduce la inclinacion de cada uno  
« de ellos y qué medios conviene tomar para aterrarnos y  
« ponerles en fuga ; porque sus maldades son diversas y no  
« hay medios que no tientes para sorprendernos con sus  
« asechanzas. El bienaventurado Apóstol y los que par-  
« ticipaban de sus sentimientos lo sabian bien, cuando de-  
« cian : *No ignoramos cuáles son sus pensamientos* (2.  
« Cor. 1). Por esto, puesto que los demonios nos tientan  
« como á ellos, á imitacion suya, debemos asistirnos y so-  
« corrernos los unos á los otros. Lo cual me obliga, hijos  
« míos, á causa de la experiencia que de ello tengo, á de-  
« ciros todas estas cosas.

« Sabed, pues, que estos enemigos irreconciliables de los  
« hombres, viendo que todos los cristianos, y particular-  
« mente los solitarios, adelantan en virtud por medio de  
« los trabajos que con tanto gozo sufren, empiezan á ata-  
« carles con tentaciones poniéndoles obstáculos en su ca-  
« mino ; y estos obstáculos son los malos pensamientos que  
« les inspiran ; pero no hay que asustarse por esto ni por  
« sus amenazas, puesto que los ayunos y la fe en Jesucristo  
« tienen poder de aterrarnos en cualquier momento. Sin  
« embargo ellos no pierden los ánimos por verse vencidos  
« y vuelven pronto aun con más arte y conato. Porque  
« viendo que no pueden arrastrar abiertamente nuestro  
« corazon al amor de los deleites impúdicos, nos atacan por  
« otro camino y se esfuerzan en sembrar el terror en nues-  
« tro espíritu por medio de los fantasmas que nos hacen  
« ver. Pero todas estas visiones no son más de temer que lo  
« otro porque se disipan presto, entonces principalmente  
« cuando nos armamos con la fe y la señal de la cruz. »

Añade el Santo que se debe despreciar á los demonios  
cuando se meten en hacer predicciones y que se debe an-

dar con mucho tiento cuando se revisten de formas piado-  
sas, como las de Jesucristo y los santos. En seguida en-  
seña á discernir los ángeles buenos de los malos.

« Cuando los demonios, dice él, vienen á vosotros de  
« noche para predeciros el porvenir y fingen ser ángeles  
« buenos, no les oigais, sabiendo que todos sus discursos  
« no son más que mentiras. Si alaban la vida solitaria y os  
« dicen que sois felices, cerrad los oidos á esto lo mismo  
« que á lo demás sin tener ningun miramiento á sus pala-  
« bras, y fortificaos más á vosotros y á vuestras celdas  
« tambien con la señal de la cruz ; poneos en oracion y  
« vereis cómo desaparecen, porque son timidos y temen  
« extraordinariamente la señal de la cruz de nuestro Salva-  
« dor, puesto que en ella les desarmó este y les volvió tan  
« despreciables. Y si os resisten con descaro, saltando y  
« presentándose á vosotros en muchas formas diferentes,  
« no os inmuteis y no les deis crédito ; que no son ángeles  
« buenos.

« Pero es facil con la gracia de Dios discernir los unos  
« de los otros, porque la vista de los ángeles buenos no  
« trae consigo ninguna turbacion. *Ellos no disputan ni  
« gritan ; no se oyen sus voces* (Math. 12) ; sino que su  
« presencia es tan dulce y tranquila que frecuentemente  
« llena al alma de gozo, de satisfaccion y confianza, porque  
« el Señor, que es nuestro gozo, y el poder de Dios su pa-  
« dre, está con ellos ; y siendo los pensamientos que nos  
« inspiran tranquilos y sin ninguna turbacion, ellos ilu-  
« minan á los que se aparecen de tal manera que pueden  
« estos sin pena considerar á tan bienaventurados espi-  
« ritus, y les infunden un amor tal para las cosas divi-  
« nas y futuras que quisieran unírseles enteramente y  
« poderles seguir hasta el cielo. Pero como hay hom-  
« bres que temen hasta la vista de los ángeles buenos, su  
« caridad es tal que al instante les libran de este temor,